

IN MEMORIAM / *In memoriam*

DR. RODOLFO C. T. PUCHE: SEÑOR, MAESTRO, INVESTIGADOR Y DOCENTE



¿Cómo comenzar unas palabras sobre el Dr. Puche? Nada fácil. Seguramente él diría lo que decía siempre cuando yo acudía en busca de su ayuda, comentándole que algo no me daba resultado o me traía dificultad: “Si fuera fácil, ya lo hubiera hecho otro”.

No es fácil comenzar, pero podría escribir libros sobre mi experiencia, recuerdos y aprendizaje a su lado. Resaltaré su personalidad con algunas frases y actitudes.

A pocos días de ingresar a trabajar en el Laboratorio de Biología Ósea se realizaría la segunda reunión anual de AAOMM, en la ciudad de San Nicolás. Lo recuerdo cerrando sobres para enviar a invitados y cargando grandes bloques de telgopor que servirían para la colocación de pósters. Siempre puso el cuerpo y el alma por la Asociación. Su participación fue decayendo con el tiempo, pero muchos recordarán sus discusiones acaloradas con otros miembros fundadores de la Asociación. Una reunión casi no era reunión si ellos no estaban. Por alguna razón fue dejando de lado su pasión por la AAOMM: quizá nuevas ocupaciones que le absorbieron gran parte del tiempo o el cambio en sus temas de interés o simplemente el paso de los años, que lo puede todo. Tal vez muchos miembros nuevos de AAOMM no lo hayan conocido. Como dice Atahualpa Yupanqui: “Como la vida tiene su ley y su sinrazón, le fue llegando el olvido y el olvido lo tapó”.

Gracias al Dr. Puche tengo hoy una bastante buena formación en otras áreas como la electrónica, la mecánica, la electricidad y hasta la construcción. Cuando el Dr. Puche descubrió mi predisposición a solucionar problemas más allá de mi disciplina, al presentarse una dificultad, por ejemplo un instrumento que no funcionaba, me llamaba y ya tenía un destornillador en la mano. Algunos de los instrumentos no volvieron a funcionar, pero muchos otros sí. Si no volvía a hacerlo o lo rompíamos aún más, simplemente decía: “Total, ya no funcionaba”. Para estas situaciones tenía también otra frase: “No faltan encontronazos cuando un pobre se divierte”.

Gracias a él me fui tornando más curioso y confiado en mis resultados. Muchas veces hallé valores muy diferentes, o incluso inversos, de lo que había en la bibliografía o de lo que esperábamos. Cuando iba con la noticia, nunca me dijo que estaba equivocado ni creó dudas sobre la medición. Sus palabras fueron siempre: “A ver, traé esos datos”.

Gracias a él aprendí a ser tolerante con los ahora mis discípulos. A pocos días de haber ingresado en el laboratorio, rompí dos objetos costosos. Entre la macana que había hecho, la poca relación que teníamos, su tamaño corporal y su voz grave, el temor a decirselo ya se había



transformado en terror. Finalmente tomé la decisión y le comenté. Sus palabras fueron: “El que no trabaja, nunca rompe nada”. Frase que no es de él, pero que bien le hace a un principiante asustado.

Gracias a él aprendí la importancia de medir y tener resultados. Siempre recordaré su frase: “La muerte del investigador es la falta de datos propios”.

Gracias a él aprendí a gestionar. Estuve a su lado en la creación del Doctorado en Ciencias Biomédicas, proceso en el que nadie discutirá su papel clave para que se implementara esta carrera. Compartí con él dos acreditaciones de la carrera y casi 20 años en la gestión. Director de esa carrera, fue su última actividad en la Universidad. Cuando le llegó la jubilación, una simple nota de las autoridades de turno le indicó que había finalizado su nombramiento. Por supuesto, no escribí yo esa nota. Si fuese por mí, haría un busto y lo ubicaría en lugar de otros bustos que nada tienen que hacer en su facultad donde dejó miles de horas de trabajo constructivo.

Gracias a él aprendí a tener paciencia y confiar en el trabajo. Algunas veces notó mi frustración por el estudio del flúor y sus efectos, tema que a pocos les interesaba. Varias veces escuché sus palabras: “Es invaluable el resultado del trabajo y el estudio sostenido sobre un tema. No abandones el flúor; un día te reconocerán”. Logramos juntos varias cosas importantes y reconocimiento en el área.

Cuando terminábamos una jornada de trabajo, generalmente me llevaba en su auto hasta mi casa y hemos pasado largos ratos dentro del auto discutiendo datos, resultados y objetivos. Muchas veces, yo intentaba acortar la charla, porque tenía otras actividades o simplemente ya estaba cansado. ¡Cuánto daría ahora por solo unos minutos de esas charlas!

Siempre fui estudioso, pero la pasión por estudiar nuevos temas, más allá de su aplicación inmediata o necesidad, también se la debo a él. Mencionaba ciertos temas de una manera tal que era inevitable que uno pensara que sería importante en el futuro. Apasionado por el estudio, durante la última visita que hice a su casa a compartir unos minutos y un café, me comentó que había comenzado a estudiar chino y estaba juntando información para la reedición de un libro.

El día en que defendí mi tesis doctoral ya es lejano pero, entre las pocas cosas que recuerdo, luego de mi exposición, la lectura del acta de examen y los aplausos clásicos de este tipo de actos, se acercó, me extendió la mano y la apretó como de costumbre. Sus palabras fueron: “Ser doctor es importante, pero lo más importante en la vida es ser señor”. Siempre estuvo atento a mis comportamientos y a las correcciones del rumbo de mi vida. Podría decir que su esfuerzo en mi formación estuvo repartido en todas las áreas de mi vida.

Creo que no pasó un día en el que –cuando nos despedíamos– no me preguntara algo sobre mis hijos, mandara saludos a mi esposa o hiciera alguna pregunta sobre mis padres. Apasionado por la ciencia pero también apasionado por la familia, recordaré siempre el orgullo con que hablaba de su esposa, hijos y numerosos nietos.

Dice el refrán: “Si un discípulo no supera al maestro, no es bueno el maestro ni bueno el discípulo”. Realmente no sé, ni me corresponde a mí decir si superé al Dr. Puche en mi papel de discípulo. De no haberlo hecho, solo no será bueno el discípulo, Doctor, porque usted ha sido y será el mejor maestro.

Muchos notaremos su ausencia hasta el final de nuestra vida.

DR. ALFREDO RIGALLI